EL DUENDE
DE NUESTROS EXERCITOS,
DESCUBIERTO
POR UN BUEN PATRIOTA.

AL PUEBLO DE CÁDIZ.

A nadie, leal pueblo Gaditano, puede ofrecerse mejor que á tu ilustracion este patriótico desahogo de un hombre de bien, cuyas opiniones en tiempos mas tenebrosos, y en pais ménos culto, y menos español se reputarian por delirios, y el interés personal y el espíritu de rutina condenarian á la obscuridad y al desprecio. Recíbele como un testimonio de agradecimiento por la generosa hospitalidad que has concedido á un buen Patriota, que huyendo de la proscripcion y venganza francesa, vino á buscar un asilo en tu inexpugnable recinto. Aquí verá estrellarse el orgullo del feroz Corzo; y sus sanguinarias huestes destrozadas al pie de tus muros anunciarán al resto de la Península su independencia. De un Gobierno elegido con tanta cordura; de un Gobierno que desconoce el interes y el pueril aparato de honores vanos y títulos embarazosos, cifrando toda su gloria en adquirir solo el de libertador de la Patria, ¿qué otra cosa puede esperarse?

Prosigue pues, pueblo feliz, en tu noble resolucion, empleando la espada inexôrable del patriotismo contra la iniquidad, la desconfianza y la cobardia; sin que entre tanto dexe de participar de tus heroicos esfuerzos el resto de la nacion, que agradecida pronunciará siempre con entusiasmo y respeto tu nombre, eternizándole con el glorioso título de Baluarte de la libertad española.

Hace dos años que estamos en guerra; y á pesar de haber habido ya batallas, combates y otras mil acciones parciales, todavia nuestros soldados se dispersan despues de corta

resistencia, como si fuera hoy el primer dia que empuñasen las armas (1). A vista de esto el vulgo ignorante se admira; y como ya por fortuna, calmó en gran parte aquel pernicioso frenesí de atribuir qualquiera desastre á traicion, se contrae á decir que en nuestros exércitos hay *duende*. Lo hay en efecto; y si paramos un momento la consideracion en ello, advertiremos que este duende es un conjunto de circunstancias que concurren á deslucir el valor de nuestra tropa, y á inutilizar las bellas calidades que constituyen al español el primer soldado del mundo. Yo no quisiera que quando censuro las nulidades de nuestro sistema militar, ó los defectos de una gran parte de nuestros militares, se ofendiesen aquellos que no tienen porque ser reconvenidos; pues no ignoro yo, ni ignora la nacion, que entre los defensores de su honor é independencia hay oficiales adornados de todas las prendas de su profesion, sobre los quales no puede recaer la mas leve nota de poca instruccion, de cobardia, ni de indisciplina; pero por desgracia no es el número de estos tan crecido como sería menester, para que nuestros exércitos fuesen correspondientes á la grandeza de la nacion española, y á la gravedad de las circunstancias del dia.

Muchas son las causas que contribuyen á la dispersion de nuestros soldados, y á la dificultad de dar una batalla con ventaja y ser vencedores (2): pero las principales son tres: ignorancia, mala organizacion de nuestros exércitos, y falta de disciplina. La opinion brutal de que para la carrera militar no era necesario saber mucho, contribuyó á que nuestros oficiales se aplicasen muy poco, de lo que resulta esa falta de instruccion y teórica que tanto echamos ménos ahora en ellos, y que en esta ocasion, no solo supliría en gran parte á la falta de práctica, que no es posible que tengan, sino que tambien les facilitaría adquirirla mas presto. Hablemos con ingenuidad: ¡qué pocos oficiales hay en nuestros exércitos que tengan nociones de geometría, táctica, topografía, geografía, historia, &c! Para muchos hasta los nombres de estas ciencias son extraños. Hay oficial que en su vida ha reconocido un mapa, y asi son muy raros los que se encuentran en nuestros exércitos,

donde tambien es casi desconocido el uso de imprentas para la mas expedita publicacion de órdenes, proclamas, avisos, noticias, y otras cosas de esta naturaleza, que pudieran instruir al soldado y excitar su entusiasmo (3). Y si un subalterno sin alguna tintura á lo ménos de estos principios, jamas conseguirá desempeñar con brillantéz las comisiones que se le encarguen, ¿cómo podremos esperar, que llegando luego por su antigüedad, y la rutina acostumbrada á ser xefe, ó á la dignidad de General, que tantos talentos y conocimientos requiere, no cometa mil torpezas y errores? Todos los grandes Generales antiguos y modernos fueron hombres de mas que vulgar instruccion; y hasta los que la revolucion francesa sacó del polvo y de la hez del pueblo, ya tenian principios generales, que luego aplicaron con facilidad al grande arte de la guerra.

A primera vista parecerá quimérico un sistema de ilustracion en nuestros exércitos, especialmente en la época presente; pero si reflexîonamos sobre la certeza de la asercion de un gran sabio, que confesaba haberse formado con la lectura y la conversacion, no hallaremos dificultoso que la mayor parte de nuestros militares puedan adquirir aun en campaña grandes conocimientos teóricos con el auxîlio de algunos libros y freçuentes conferencias entre ellos sobre su profesion, pues no les faltan horas de ociosidad y descanso, que por desgracia emplean en otras ocupaciones de fatal transcendencia. Y sino ¿qué exército hay en que no se juegue continuamente? ¿qué oficial que no invierta muchas horas del dia y de la noche en esta funesta tarea que absorve todos sus pensamientos, y en la qual no pocos se envilecen y degradan hasta el último extremo, olvidando no solo las obligaciones de su profesion, sino tambien las que les impone su honor y su clase? De aqui resulta una larga cadena de vicios que enerva su cuerpo y su alma, destruye en ellos el entusiasmo militar, y fomentando en su espiritu ideas frívolas y mezquinas, aparta aquellos heróycos y sublimes sentimientos que son el movil de las grandes hazañas. Asi es que por lo regular las conferencias de una parte de nuestros militares giran casi siempre sobre ma-

terias de juego ó de galanteo, y quando mas sobre pretensiones de grados (4), ú otras recompensas, á que presumen haberse hecho acreedores, solo por haber cumplido escasamente con su obligacion. Remediar este y otros abusos, fomentar el espíritu militar, y dar á nuestros exércitos aquella consistencia que puede hacerlos temibles, y sin lo qual no es posible vencer, pertenece á una buena organizacion y á la disciplina.

Por organizacion no entiendo la formacion de cuerpos baxo el nombre de regimientos, brigadas, ó legiones, segun un sistema determinado pues en quanto á este punto, contemplo que qualquiera forma es casi indiferente, siendo ninguna ó muy corta la ventaja que puede resultar de su diferencia. Lo que forma la verdadera y esencial organizacion de un exército, es la perfecta disposicion de todas las partes, que á manera de otras tantas ruedas concurran á poner en un movimiento concertado esta gran máquina. Una de las principales son los *Estados mayores*, establecidos segun el sistema adoptado por las naciones mas cultas de la Europa. No hay un militar ilustrado que no conozca la utilidad de los establecimientos de esta naturaleza, á los quales deben nuestros enemigos una gran parte de sus victorias, ya por la formacion de sus planes, ya por el acierto de sus disposiciones, ya por la exâctitud de sus informes, ya en fin por sus operaciones con que no solo auxîlian al General, sino que le ilustran, poniéndole delante de los ojos con claridad, exâctitud y concision todo lo necesario, tanto para la concepcion de un plan, como para la execucion de una empresa.

Los ramos de viveres, municiones, vestuario y hospitales no son menos interesantes. Por mas valiente y disciplinado que sea el soldado, jamas peleará con valor sino está bien vestido y alimentado. (5) Para ocurrir á esta necesidad convendria adoptar un sistema de almacenes por gradacion ó escalones; es decir que los principales se estableciesen en puntos inaccesibles al enemigo; otros menores mas inmediatos á las reuniones de nuestras tropas, pero tambien en parages de bastante seguridad; y ultimamente que otros mas reducidos se colocasen en puntos proporcionados para surtir con facilidad á los

exércitos. Las utilidades que resultarian de semejante disposicion, se presentan ellas mismas á la vista, y solo resta advertir que aunque no parece regular que los ultimos almacenes excitasen por su escasez la codicia del enemigo, deberian no obstante estar todos provistos de hornillos para volarlos en caso de que fuese preciso abandonarlos de repente, (6) á fin de que no pudiesen aprovecharse de ellos los contrarios. (7)

Pero lo que sobre todo fixaria la suerte de nuestros exércitos, seria la organizacion de unos numerosos cuerpos de reserva, que en qualquier desastre contendrian los progresos del enemigo, sostendrian nuestras fuerzas, facilitarían la reunion de los dispersos, y á veces obligarian la victoria á que se dedeclarase por nuestras armas. A estos cuerpos han debido los franceses, y con especialidad Bonaparte, el feliz éxîto de unas acciones en que desde luego la suerte les habia sido contraria. Con los mismos cuerpos de reserva pudieran formarse campamentos de instruccion en donde, ademas de enseñar al soldado lo concerniente todo á su obligacion, se executasen maniobras con reunion de las tres armas, para que se impusiesen los individuos de cada una de ellas del modo con que debian obrar juntas y de los auxîlios reciprocos que podian esperar y debia prometerse una de otra. Allí se formarian el General, el Oficial y el soldado; y quando fuese necesario que marchasen contra el enemigo, no tendriamos el sentimiento de ver presentarse tumultuariamente delante de él bandadas de hombres inexpertos, que, ó huyen y se dispersan al punto, ó son victima infructuosa de su valor, porque quanto mas valiente es el soldado, tanto mas está expuesto á ser sacrificado inutilmente, si le faltan instruccion, organizacion y disciplina.

Quanto deba ser ésta rígida y severa entre nosotros lo indica la calidad de nuestros soldados casi todos visoños; porque aunque es cierto que el hombre se acostumbra á todo, la costumbre de arrostrar la muerte con serenidad á sangre fria, no se adquiere con aquella facilidad y prontitud que necesitamos y sin un estímulo violento superior en cierto modo al temor de la misma muerte. El entusiasmo siempre es efimero, y en una época en que la corrupcion de las costumbres ha destruido la

energía de las pasiones sublimes, solo el rigor de una disciplina extremadamente exâcta y severa puede producir aquellos efectos que en otros tiempos hubieran producido el honor, el amor de la patria ó de la gloria, la galantería ó el fervor de la religion; por lo qual es indispensable que ocupe hoy el lugar de estos sentimientos la mas sevéra y exâcta disciplina que debería introducirse y conservarse en nuestros exércitos aunque fuese por medio del terror, (8) sin recelo de que se originasen funestos efectos; pues aun quando resultasen algunos siempre serian menos perjudiciales á la causa comun y á la patria que los que ocasiona la debilidad y falta de energía,

La disciplina transforma á los hombres mas débiles en héroes, mientras sin ella el General mas valiente al frente de numerosas tropas, jámas podrá lisonjearse de mandar un exército. La vergüenza y el honor regularmente nada pueden con la muchedumbre; pero el mismo miedo que en el peligro acobarda al soldado, si es excitado por la certeza de un inevitable castigo, y le acómpaña la costumbre invariable de obedecer ciegamente, produce maravillosos efectos, y consigue en un exército lo que de ningun otro incentivo pudiera esperarse.

Muchos de nuestros militares contemplan como frívolas ó de poca importancia ciertas menudencias en la disciplina, que solo pueden parecer tales al que no conoce el corazon humano; y no tiene ideas del arte de la guerra en que nada hay indiferente y de corta transcendencia. El descuido en las cosas mas pequeñas conduce insensiblemente al abandono de las de mayor gravedad, por lo qual no basta que la disciplina sea buena, sino que debe observarse con la mas inalterable exâctitud. Qual sea en un cuerpo ó en un exército, lo manifiestan á primera vista el modo de vestir del soldado, su porte y su disposicion exterior (9). Yo no creo que los franceses y los ingleses sean naturalmente mas airosos que los españoles; sin embargo sus cuerpos presentan un aspecto muy distinto del nuestro, lo que no debe atribuirse á otra cosa sino á la disciplina (10).

Los vicios son los mayores obstáculos para introducirla y

mantenerla en los exércitos. (11) La vida relaxada al paso que destruye las fuerzas corporales, debilita las facultades del alma, y enerva al que se entrega á ella. El militar que se abandona brutalmente á los comprados halagos de prostitutas, al exceso del vino que le embrutece, ó á la funesta distraccion del juego que le degrada, jamás abrigará en su pecho aquellos sublimes y enérgicos sentimientos de un hombre libre, y de un patriota. (12) Aunque nuestros exércitos adolecen poco ó mucho de todas estas enfermedades morales, que destruyen en sus individuos el entusiasmo militar, la mas general, y quiza la mas perniciosa es el juego. Embebidos en ella una gran parte de nuestros oficiales, descuidan sus obligaciones, fundan sus esperanzas, no en los adelantamientos que puede proporcionarles su valor y perícia, sino en alguna ganancia quimérica ó criminal, ocupan en ella las horas que debian emplear en instruirse, ofrecen un exemplo perjudicial al soldado, se degradan á veces en los términos mas baxos, y en fin, aplicando todos sus sentidos á este desastroso entretenimiento, miran qualquiera otra cosa, que no sea ganar ó perder, con la mas estúpida indiferencia. Desde luego se dexa de ver que sin el exterminío de estos vicios no puede haber exército; y aunque las penas mas sevéras y executivas son necesarias para conseguirlo, contribuye no poco al intento el trabajo corporal, y el exércicio continuo, que son parte tambien de la disciplina; pues entre las grandes ventajas que resultan de tener al soldado en continua ocupacion y movimiento, no es de corta entidad la de acostumbrarle á sufrir la fatiga. (13) Esta circunstancia es tan necesaria como las demas que concurren á formar un exército respetable, porque puede muy bien pasarse una campaña sin una batalla; pero en ninguna campaña puede dexar de haber trabajos, marchas, incomodidades, privaciones, intemperie y temporales. Ademas con el trabajo corporal y los movimientos rapidos y continuos el soldado se robustece, se mantiene sano y aprende á levantar trincheras, abrir fosos, hacer faginas, y otras obras de campaña, al paso que el General evita con esto la ociosidad entre su gente, deslumbra al enemigo y disfraza sus ver-

daderos proyectos. (14) La ignorancia, pues, la mala organizacion y la falta de disciplina son el duende que el público supone en nuestros exércitos. Destiérrense de ellos los vicios, introduzcase la mas sevéra y exâcta disciplina, foméntese el espíritu militar y la instruccion con grandes premios y grandes castigos, excitese el valor de la tropa, buscando medios de entusiasmarla, (15) sacracrifiquese todo á su abundante manutencion, abrigo y decencia, y entonces hallaremos heróes en nuestras filas, no habrá dispersiones, y los esclavos franceses, arrollados por los soldados libres de España, buscarán precipitadamente un asilo al otro lado del Pirineo (16).

NOTAS.

(1) Si la fiera tenacidad y la delirante ambicion de Bonaparte no le alucinasen, echarìa de ver desde luego la imposibilidad de sujetar à la España. Con una batalla dió la ley à la Prusia; con otra atraxo à su partido al incauto Emperador de Rusia; con otra destrozó al Austria, precisàndola à firmar una paz vergonzosa, y todo fue obra de pocos meses. Hace dos años que sus tropas están en España, donde entraron con astucia; han ocupado con viles artificios las plazas fuertes de nuestra frontera y el Portugal, y nos han ganado veinte y dos ò veinte y tres batallas, cada una de las quales hubiera obligado à qualquiera otra Potencia à someterse. ¿Y qué ha adelantado con esto Napoleon? Perder ciento y cincuenta mil hombres, que no es facil puede reemplazar, y hallarse en el mismo estado, ó peor que quando la nacion se declaró contra él. Mientras tanto nuestros Oficiales adquieren experiencia; los soldados se hacen aguerridos; y nuestros exércitos toman consistencia, mejoran su organizacion y se perfeccionan. Conseguido esto, ¿què serà de los franceses? si derrotandonos tantas veces han adelantado tan poco, ¿qué sucederá quando nosotros

los derrotemos dos ò tres? Respondan ellos mismos ó sus parciales á esta pregunta.

(2) El frenesí de querer dar batallas ha sido general hasta ahora entre nosotros; pero es forzoso que confesemos que para una operacion de esta clase sabemos todavia muy poco el oficio, y nuestras tropas no tienen aun toda la organizacion y disciplina que son necesarias. A mi me parece que ya no profanarian el suelo español los viles satélites del dèspota frances, si les hubièramos hecho la misma guerra que los *Chovans* hicieron à los Republicanos. Toda su táctica consistia en fatigar las tropas de la convencion con marchas continuas à que las precisaban con insurrecciones repentinas y multiplicadas; en atacar inopinadamente un puesto, sorprender un destacamento, interceptar un comboy, &c. Este es el sistema constante de nuestras partidas de guerrilla; y à pesar de que no tienen toda la perfeccion de que son susceptibles, sabemos el daño que causan à los franceses, y lo que estos las temen.

(3) Leí no hace mucho en una carta original de un sugeto de carácter, hombre sensato y buen patriota, que se halla en el exèrcito que mandaba el Duque del Parque, que allí solo se recibian dos gazetas del Gobierno. No respondo de la verdad de la asercion; pero puedo asegurar que hasta ahora no ha habido mucho esmero en instruir al soldado acerca de los intereses de su Patria, y los motivos que deben obligarle à derramar gustoso su sangre.

(4) A la verdad que en el dia los grados no pueden lisongear mucho la ambicion de nuestros militares. Para que los premios honoríficos no pierdan su valor y sirvan de recurso en un estado, es necesario economizarlos, concediendolos con mucha circunspeccion y justicia.

(5) Era tal el hambre y desnudez de nuestros exèrcitos en el Gobierno pasado, y de consiguiente tal el abatimiento que reynaba en ellos, que los soldados en Sierra-Morena no se avergonzaban de pedir limosna á los pasageros. Si no hubieramos tenido la necia preocupacion de no querer adoptar medida alguna de las que adoptaron los franceses en su revolucion, hubiéramos preferido la subsistencia de

los exércitos à la de los pueblos. Es un dolor ver en las ciudades à los egoistas nadar en la abundancia, ostentando un luxo insultante, al paso que los defensores de nuestros derechos, nuestros bienes y nuestras vidas, esos mismos que con sus pechos sirven de muralla contra la rapacidad de un enemigo feroz, se hallan sumergidos en la mas humillante miseria. ¡Qué entusiasmo, ni qué valor tendrà un hombre hambriento, desnudo y envilecido!

(6) Entre las muchas pérdidas que hemos tenido en esta guerra, no ha sido de corta consideracion la de víveres, municiones y pertrechos que por un descuido imperdonable han caido en poder de los franceses. Pocos puntos han ocupado en que no hayan encontrado grandes tesoros que pudieran con facilidad haberse librado de sus manos ¡Qué no hallaron en Madrid! ¡Què no han encontrado en Sevilla!

(7) Si nosotros hubieramos tratado de hacer una verdadera guerra nacional, debiamos haber puesto nuestro conato en privar à los franceses de todos los recursos que podia proporcionarles el pais. Es muy doloroso que nos destruyan con nuestras mismas armas, que subsistan con lo que debia mantenernos à nosotros, y que hallen en nuestros mismos pueblos los medios de hacernos la guerra. Si al acercarse el enemigo las gentes hubiesen evacuado las poblaciones, llevandose los víveres, enterrando ó inficionando los que no hubiesen podido conducir consigo, muy cortos progresos hubieran hecho esos vandidos. Desde luego parece dura é impracticable semejante disposicion; pero si consideramos los males y vexaciones que han sufrido muchos de los pueblos donde han entrado, veremos que à sus habitantes les hubiera sido mas llevadero desampararlos momentaneamente. Temen ellos tanto esta determinacion, que lo primero que pregonan al entrar en un pueblo, es que seràn considerados como traidores los que huyan y abandonen sus casas. Sin embargo ellos mismos nos dieron en su revolucion una prueba de la utilidad de semejante medida; pues los convencionistas prohibieron baxo pena de la vida dexar viveres en parte alguna donde pudiesen pasar los exércitos realistas. Desengañemonos; el haber querido re-

ducir este gran negocio à la clase de un pleyto ordinario nos ha conducido à la triste situacion en que nos hallamos. En esta guerra debiamos habernos propuesto el fin de nuestra independencia sin reparar en los medios de conseguirla. Tramas, insidias, asesinatos, venenos, todo debia haberse empleado. Los franceses con violar para con nosotros todos los derechos, nos han autorizado à hacér otro tanto. El no obrar de este modo es pelear con armas muy desiguales: y asi como Napoleon tubo la impudencia de decir que tenia su *politica peculiar*; del mismo modo debiamos tener nosotros la nuestra. Sin consultar la historia de la revolucion francesa y estudiar à Maquiavelo no se hace con fruto la guerra á Bonaparte. Uno de los mayores males que este perverso nos ha causado, ha sido el ponernos en la dura precision de ser feroces; pero siempre vale mas que los franceses nos teman por tales, que no que se rian de nosotros por necios.

(8) Muchos se asustan al oir pronunciar esta palabra; pero yo creo que solo puede atemorizar à los hombres débiles, á los egoistas y á los malos españoles. Confieso que si por terror se entiende la cruel facilidad de derramar sangre justa ó injustamente, solo con el objeto de conseguir un fin qualquiera que sea, no hay medio mas detestable, y unicamente pueden adoptarlo los tiranos y los déspotas como Bonaparte, cuyas operaciones solo se dirigen á satisfacer sus caprichos aun à costa de la providad y de la justicia. Pero si se aplica este nombre à una severidad inexôrable en castigar las transgresiones à las òrdenes del Gobierno, si à la dureza de las penas señaladas para los delinqüentes, si á la supresion de fórmulas viciosas, que dilatando la aplicacion del castigo, hacen ilusoria la ley, ò infunden esperanzas en los culpados, si en fin al destierro de toda indulgencia, parcialidad y excepcion, juzgo que no hay cosa mas puesta en razon ni mas necesaria en el dia. Es fuerza convenir en que por los trámites ordinarios y en circunstancias iguales, no podemos medir nuestras fuerzas con las del Imperio frances. Su poblacion, sus relaciones, su preponderancia en Europa y sus exércitos numerosos y

y aguerridos le proporcionan tal ventaja sobre nosotros, que siguiendo el sistema rutinero de una Monarquía débil y corrompida, vendriamos á sufrir la misma suerte que el Austria, la Italia y la Prusia. Para contrarestar pues este poder colosal, es preciso buscar un medio que dé à nuestras fuerzas toda la extension posible, que interese igualmente á todos los individuos del estado, y que ponga en movimiento toda la energía de la nacion; de suerte que mientras el déspota solo pueda contar con un número determinado de esclavos y con los recursos regulares de un Soberano aborrecido, nosotros contemos con tantos soldados como hombres, con tantos auxilios quantos tiene en sì la nacion, y con tantos recursos quantos puedan idear y realizar doce millones de almas: de esta conformidad la balanza se inclinará à nuestro lado, y todo el poder y los esfuerzos de Bonaparte serviràn unicamente para aumentar nuestra gloria y su confusion.

Esto desde luego seria fácil de conseguír, si todos fuesemos animados de unos mismos sentimientos de patriotismo; si el interés y el egoismó fuesen nombres desconocidos entre nosotros, y si todos tubieramos igual grandeza de ánimo para preferir el honor y la independencía á las conveniencias y á la vida: pero por desgracia no es así; y aunque la nacion en general detesta las artes infames con que ha tratado de esclavizarnos el përfido Napoleon, aborrece su yugo y suspira por la libertad de su infeliz Rey; ni todos están dotados de igual valor para arrostrar los males y peligros de una guerra sangrienta y desoladora, ni todos tienen igual desinterés para desprenderse de sus bienes y comodidades, ni todos son tan generosos para prestarse buenamente á los grandes sacrificios que exîge la defensa de nuestros derechos: y como ésta no se consigue sin que todos indistintamente concurramos á ella con igual empeño, teson y energía, conviene apelar à un movil, que ponga en movimiento violento, uniforme y duradero la entera masa de la nacion, de donde resulte aquel conjunto permanente de fuerza moral y fisica que debe hacernos inconquistables.

En otro tiempo, quando la corrupcion de las costumbres no habia destruido la energía de las pasiones sublimes, eran èstas un estímulo poderoso para las grandes empresas, y los hombres animados por ellas, se desprendian con desinterés de sus bienes, arrostraban con intrepidez los peligros, y despreciaban animosamente la muerte. ¡Qué de prodigios no obraron el amor de

la Pátria, el zelo de la Religion, el honor y el amor mismo! Pero ¿ què podemos esperar en el dia, en que estos sentimientos no solo estan amortiguados y casi desconocidos, sino que tal vez son reputados por delirios de una imaginacion acalorada? En esta època la mayor parte de los hombres solo consulta en sus acciones las utilidades que pueden retultar á su interés personal, y desentendiendose de aquellos nobles principios, que en algun tiempo dirigieron las acciones de nuestros antepasados, se presta servilmente á quanto puede proporcionarle los medios de satisfacer sus groseras pasiones y vicios. Sobre este conocimiento de la corrupcion general ha cimentado Bonaparte su elevacion y despotismo; y la falta de virtudes morales y civiles hace que sufran en silencio su atroz yugo y adulen sus mismos delitos ochenta millones de almas que le aborrecen.

Si para sostener pues nuestra independencia, son necesarios los esfuerzos mas extraordinarios, y estos no podemos esperarlos sin un impulso violento que los promueva; si la corrupcion de las costumbres ha introducido tal apatía é indiferencia en casi todas las clases del estado, que el amor de la patria, el honor nacional, el zelo de nuestra religion, la esclavitud de nuestro Rey, la violacion de nuestros derechos, la profanacion de nuestros templos y la total devastacion de nuestro suelo, no son capaces de excitarnos à los grandes sacrificios que exige nuestra situacion, conviene buscar un medio eficaz que apoyándose en esta misma debilidad, nos proporcione el objeto que nos proponemos. Este no puede ser otro sino el terror, en el sentido expresado, pues quanto mas el hombre ama sus conveniencias, sus bienes y su existencia, tanto mas teme perderlos, prefiriendo siempre el riesgo dudoso al daño cierto, por cuya razon el temor de un castigo sevéro, inevitable y pronto, harà que todos obedezcan á las órdenes del gobierno con la misma actividad con que se comuniquen; que nadie trate de eludirlas con disculpas frívolas y pretextos vanos, y que buenos, malvados y débiles, concurran todos igualmente al logro de la gloriosa empresa de nuestra libertad.

(9) El desaliño y desaseo de nuestros soldados llegan á un extremo imponderable. Quiebra el corazon verlos por las calles tan destrozados, sucios, hediondos y asquerosos, que mas bien parecen mendigos que soldados, á pesar de las inmensas sumas, que, aunque quizà con mal órden, se han gastado en vestirlos y armarlos. No obstante, ¿ quièn creerà que he oido á algunos oficiales disculpar semejante abandono, y graduandole de falta nacional, suponer imposible su enmienda, como si los españoles no pudiesen ser aseados? Sin embargo estoy persuadido de que saldrìan de este pernicioso error, si se hiciesen cargo de lo que puede la disciplina, y de lo que influye en la salud del soldado el aseo y la limpieza. A

la falta de estas qualidades pueden atribuirse muchas enfermedades que se padecen en nuestros exércitos y el color macilento de una gran parte de nuestra tropa. A no ser en una retirada, al soldado le sobran casi siempre tiempo y oportunidad para asearse, recoser su ropa y limpiar su armamento; por lo qual contemplo necesario establecer en los regimientos un sistema de policía que los ponga al nivel de los extrangeros, en brillantez y decencia.

(10) Es preciso confesar que tambien los exércitos franceses al principio de su revolucion estaban tanto, ó mas indisciplinados que los nuestros. El célebre General Hoche, que fué enviado por la Convencion á sujetar á los Realistas, se quejaba de que era tanta la indisciplina de las tropas republicanas, que habiendo recorrido una noche una linea entera de puestos, ninguna centinela le dió el *quièn vive*, ni le detuvo.

(11) Los vicios son igualmente el mayor obstáculo para ser libres. Sin virtudes no hay independencia, y nosotros la iremos recobrando al paso que las circunstancias destierren el luxo, la relaxacion de las costumbres y el egoismo, precisándonos à ser virtuosos.

(12) Jamas se ha abusado tanto de esta voz como en el dia. En una nación en que llegò à tal punto el envilecimiento que por una toga, un bordado, una cruz, una pension, ù otro qualquiera empleo se prostituían impudentemente las hijas, las hermanas, y las mugeres propias, no es extraño que se hallen pocos hombres que puedan llamarse con propiedad Patriotas. Para serlo es necesario estar dotado de grandes virtudes; sin embargo vemos á muchos que usurpan este titulo honroso sin mas recomendacion que la de vivir entre nosotros, porque esperan sacar un partido mayor, ó mas duradero que el que puede ofrecerles el intruso gobierno. Llamase Patriota el empleado que sigue esta noble causa, solo por el sueldo que disfruta: Patriota el que sirve en nuestros exèrcitos, solo porque no habiendo aun caido prisionero no se ha visto en la alternativa de marchar á Francia, ó jurar à Josè. Patriota el que al mismo tiempo que clama en pùblico por Fernando VII busca sigilosos efugios para no desprenderse de la mas pequeña porcion de sus bienes y comodidades en defensa de sus derechos al trono: Patriota el que viendo la Patria en peligro aspira à un destino lucroso al otro lado de los mares: Patriota el que corre importuno de Secretaría en Secretaria alegando servicios supuestos ò abultados para el logro de una recompensa, que no merece por el mero hecho de solicitarla: Patriota el que entre los franceses doblò vilmente la cabeza al yugo enemigo, y luego por no perecer de hambre buscò un asilo entre nosotros: Patriota el que todavia pretende con humillaciones, baxezas, é infamias conseguir honores y conveniencias. ¡ Patriota ! ¡ Hombres despreciables ; no profaneis este nombre!

(13) No hay para este fin mejor establecimiento que el de los campos atrincherados: este sistema fue el que adoptó Hoche en la guerra contra los Realistas. En los campos atrincherados, decia aquel General, se alimenta y conserva la disciplina, y allì las tropas estan mas en proporcion de acudir adonde se necesiten, sea de noche, sea de dia, sin ruido, y y sin recelo de que las espías enemigas noten sus movimientos.

(14) Todos los que no estando acostumbrados à fatiga corporal han acudido á trabajar en la cortadura de S. Fernando, comprenderán facilmente quan útil es que el soldado estè hecho á ocuparse en esta clase de obras, para no rendirse al cansancio en caso de que sea necesario echar mano de èl. Los Romanos, cuya disciplina aun no es bien conocida y menos imitada, penetrados de este principio tenian á sus soldados tan acostumbrados á la fatiga, que es increible el peso de las armas y pertrechos que llevaban siempre encima, y la rapidez de sus continuas marchas. Los franceses han querido imitarlos, pero les falta mucho para que lleguen á la perfeccion de aquellos.

(15) Hay infinitos medios para excitar el entusiasmo. El hombre se paga de exterioridades, y estas contribuyen à poner en movimiento su imaginacion, especialmente si las acompaña la novedad. Las funciones cìvicas, los actos solemnes, celebrados con extraordinario aparato, las canciones patriòticas, las representaciones teatrales alusivas à las circunstancias, y otras medidas de esta naturaleza son propias para excitar el entusiasmo. Salgamos una vez de la torpe rutína á que nos hemos sujetado, y à nuevas circunstancias apliquemos nuevos recursos.

(16) Es casi imposible señalar los grados de la fuerza moral de una nacion. Si todos tubiesen bastante filosofia pera calcularla, nadie desconfiaría del feliz èxito de nuestra gloriosa empresa; y nuestra situacion seria mejor, si la ignorancia no hubiese infundido esta desconfianza hasta en algunas de las personas que nos han mandado, y aun en muchos que siguen de buena fè el partido de la justa causa. Desengañemonos de una vez: los franceses jamas subyugaràn la España. Invadirán, arrollaràn, talarán, devastaràn, pero jamas serán pacificos poseedores de este vasto suelo. Napoleon siempre serà para el pueblo un *tirano aborrecido*: los franceses unos *vandídos detestables*: José Bonaparte, *Pepe Botella*, y sus sequaces unos *traidores iniquos*. Y aun dado de barato (lo que es imposible) que llegasen por un momento á sujetarnos; al punto que se presentase una ocasion favorable, que precisamente habian de ofrecerla muy presto las turbulentas vicisitudes de Francia y la Europa por el estado violento en que se hallan, volverìa á encenderse y propagarse con rapidez la sagrada llama de la insurreccion, se repetirían en todas partes las *Visperas Sicilianas*, el *pobre José* con toda su *Real Familia* irian al traste, y la nacion recobraría con usura su independencia.

Reimpreso en Buenos-Ayres.

En la Imprenta de los Niños Expósitos.